

santa á la irrisión, y nuestras augustas verdades al desprecio? Por otra parte, ¿qué fruto podeis esperar de discursos pronunciados en semejantes lugares, con semejantes oyentes y en tales circunstancias?—No sois vos el primero á quien se ocurren esas reflexiones. Los extranjeros vituperan de buena voluntad lo que no es conforme á las costumbres de su país; y se dice aquí que los viajeros franceses no son los últimos en hacerse notables por ese espíritu de crítica, cuya ligereza es el menor defecto. En cuanto al desprecio que temeis, ya habeis podido convenceros de que no existe. Yo he llenado la misma funcion que nuestros Padres, y si hubiera percibido alguna señal de irrisión, no temeria decíroslo. Entre nosotros el respeto á la religion no es todavía una palabra vana. ¿Será durable? Lo ignoro; pero hasta aquí podemos conservar nuestros usos hereditarios sin tener el inconveniente que notais. Me preguntais en seguida ¿qué fruto podemos esperar de esas predicaciones al año libre? El buen éxito no es nuestro asunto; se nos dice que prediquemos y predicamos. Los pescadores evangélicos, como los pescadores del golfo, arrojan sus redes un poco á la casualidad; algunas veces las retiran vacías, pero otras encuentran en ellas hermosas piezas; el espíritu de Dios sopla donde quiere. Tal hombre que por este ó el otro pretexto, no iria á la iglesia á oír un sermón, se detiene al pasar delante de nuestros palcos, se pone á oír, un buen pensamiento penetra en su corazón, y en un tiempo dado dará fruto; os hablo con experiencia. Es necesario que esta experiencia sea fundada, puesto que nuestros mayores santos de Roma y de Nápoles han alentado y practicado este ministerio popular. Yo no os citaré más que á San Alfonso, cuyo sepulcro habeis visitado hoy. Por las huellas de semejantes modelos seguimos con confianza y co-

nocimiento de causa. ¿Sereis tan bueno que lo digais así de nuestra parte á algunos de vuestros compatriotas?»

Se lo prometí al buen Padre y nos separamos.

1º DE MARZO.

Ischia.—Procida.—Vísperas sicilianas.—Gruta de Azur.—Capri.—Recuerdos de Tiberio.—Monte Solaro.—Recuerdos de los franceses.—Salerno.—Sepulcro de San Mateo.—De San Gregorio VII.—Amalfi.—Catedral.—Recuerdos históricos.—Atrani.—Puertas de San Salvador.—Sorrento.—El Tasso.—Quisisana.—Castellamare.—Virgen de Pozzano.—Barca comerciante.—Piadosa costumbre.

Se encuentran en Nápoles buques de vapor que en un día dan la vuelta al golfo. Se paran muchas veces y dejan á los pasajeros tiempo para ver los puntos notables de la costa. Muy de mañana nos embarcamos en un bonito pyróscafo, que por excepcion debia correr el doble golfo de Nápoles y de Sorrento. Se levaron anclas en medio de los gritos de una numerosa y brillante reunion. A fin de evitar toda repetición, no hablaré del espectáculo encantador de que goza la vista constantemente durante el curso de este delicioso paseo.

Quando llegamos á plena mar saludamos á la izquierda á Ischia y á Procida, islas mitad griegas y mitad romanas, que se dibujan hácia la punta occidental del cabo Misena. La primera cuenta veinte mil habitantes. La excelencia de sus aguas termales lleva allí un gran número de enfermos, y el aficionado á paisajes la visita para gozar del espectáculo de sus valles pintorescos, de su vegetación vigorosa y del pico de la Epomea. Desde la altura de esa aguja volcánica se tiene, segun se dice, un golpe de vista que en nada cede al del

Pico de Tenerife. En fin, Ischia, el *Inarime* de Virgilio y de Homero, y la *Pithecura* de Plinio y de Strabonio, recuerda al peregrino católico la milagrosa llegada de Santa Restituta, llevada á aquellas riberas por la mano poderosa del Dios de los mártires.

Encima de Procida vaga una sombra sangrienta cuya vista hace temblar al viajero francés. Del centro de la isla se lanzan los panes desprendidos de altas y tristes murallas. Hoy esas ruinas seculares, simple estacion de caza, fueron en otro tiempo la terrible mansion del cruel Juan de Procida, señor de la isla y principal autor de la famosa matanza de nuestros compatriotas, conocida bajo el nombre de *Vísperas sicilianas*. Juan de Procida, honrado con la confianza de los reyes de Nápoles, fué caído de la gracia por Carlos de Anjou, y juró vengarse. Como médico hábil, aprovechó sus numerosas relaciones que le procuraban su arte, para tramar una vasta conspiración que tuvo por resultado la matanza de los franceses, entonces señores de la Sicilia. A fin de que no pudiese escaparse ninguna víctima, los conjurados hacian repetir á todas las personas que encontraban, la palabra *cicerone*, cuya difícil pronunciación denunciaba al que era extranjero, y al punto le daban muerte. La matanza comenzada en Palermo, el día de Pascua, á la salida de Vísperas, fué tan completa que arrastró é hizo caer la dominación francesa; esto era el año 1284. La isla de Procida no cuenta más que doce mil habitantes; goza no obstante de cierta celebridad, debida á la habilidad de sus marinos y á la belleza de sus faisanes.

Mientras teniamos las miradas fijas en aquellos oasis del mar, el pyróscafo marchaba con toda la fuerza de su vapor; bien pronto se señala la *Gruta de Azur*. De la ribera se desprende un bote que viene á

tomar á los pasajeros deseosos de ver el fenómeno subterráneo. Gracias á un viento del Oeste que agitó las olas hasta entonces muy tranquilas, fuimos arrojados sin accidente á la abertura de la gruta. Bajo una bóveda muy elevada, de donde penden millares de graciosas estaláctitas, está un lago de cerca de treinta metros de circunferencia sobre cuatro de profundidad. El agua, las rocas, la arena, los caracoles, todo parece de un azul celeste, mientras que la transparencia de la agua es tan perfecta, que se cree poder tomar con la mano los caracoles de variadas formas que se dibujan en el fondo del lago; tal es el fenómeno que la vista admira y que la ciencia explica ó cree explicar con raciocinios cuya simple exposición me llevaria demasiado lejos.

Después de la Gruta de Azur, la isla Capri llamó nuestra atención. Yo no sé qué movimiento de miedo y de compasión se experimenta al pisar por la primera vez la demasiado celebrada Caprea; la sinietra imagen de Tiberio os sigue por todas partes. En la cima de un pequeño montecillo se ven las ruinas bien conservadas del palacio de este príncipe. Los mosaicos, los ricos adornos, las termas suntuosas repiten imperfectamente la vida corrompida del señor del mundo; más elocuente es la roca solitaria sobre la cual se asentaba la morada imperial. Con una voz que los siglos no han podido debilitar, acusa la sombría desconfianza y las bajas crueldades del hijo de Livia. Para decirlo todo en una palabra, Caprea, isla voluptuosa é inabordable, debia ser la morada de Tiberio.

La historia ha cuidado de justificar esta inducción. Yo me acordaba de aquel pasaje en que Suetonio y Tácito cuentan que Tiberio, cansado de la sujeción que le imponia la permanencia en la capital, dejó á Roma para no volver á ella jamás. Mandó

prohibir por un decreto fijado públicamente, que nadie fuese á interrumpir su reposo. Rodeado de soldados que impedían que se le llegasen, se paseó largo tiempo en los lugares extraviados de la Campaña; pero en ninguna parte encontró una soledad bastante profunda. Sujeto aún por la vista de los hombres y de las ciudades, abandonó la tierra firme y pasó á la isla de Caprea; ninguna morada podía convenirle mejor. Caprea, rodeada de escollos, no es accesible más que por un solo lugar, de tal modo que nadie puede abordar allí sin ser visto; además, es una morada deliciosa. Aunque abrigada contra los vientos del Norte, está refrescada durante el estío por una brisa perfumada. El golfo de Nápoles está en perspectiva, y los viajeros están de acuerdo todavía en considerar el golpe de vista de que se goza desde *Monte Solaro*, como el más bello de toda la Italia. Tiberio mandó edificar allí doce magníficos palacios que llegaron á ser doce casas de increíble prostitucion, y doce pretorios sangrientos de los cuales salieron, durante once años, decretos de proscripcion y de muerte. 1

El feroz emperador se encontraba, pues, á sus anchas, porque separado del resto del mundo, podía entregarse sin freno á sus viciosas inclinaciones. Tal es, añaden los historiadores, el motivo de la preferencia que dió á su morada en Caprea. Entre otras pruebas, Suetonio refiere la aventura de un desgraciado pescador que nos vino á la memoria. Habiendo pescado este valiente hombre un hermoso barbo, su primer pensamiento fué ofrecérselo al emperador; salta por rocas muy escarpadas y se presenta inopinadamente á Tiberio. Este príncipe, irritado y colérico, manda apoderarse del desgraciado pescador y que le froten el rostro con un pescado. Mién-

1 Plin., lib. III, 6.

tras se ejecuta la orden tiránica, el pescador se felicita en voz alta de no haber llevado un gran cangrejo de mar que habia pescado con el barbo; el bárbaro emperador se aprovecha de la noticia para aumentar el rigor del suplicio. Manda buscar el cangrejo, y sustituyéndolo al barbo, hizo saltar la sangre del rostro del pescador. 1

Segun la invariable conducta de la Providencia, la isla de Caprea, surcada con tantos crímenes, debía ser purificada. Lo fué y lo es todavía con la presencia secular de santos religiosos y por una notable parte de las reliquias de la ilustre vírgen y mártir Santa Agueda. 2 Otro recuerdo se presenta al viajero frances: Capri le presenta uno de los más gloriosos triunfos de nuestros compatriotas. Murat, de victoria en victoria, acababa de subir al trono de Nápoles; todo el país le obedecía, con excepcion de la intomable Capri. Murat manda al general Lamarque que reduzca aquella fortaleza. Lamarque parte con mil seiscientos hombres bien elegidos, y despues de prodigios de audacia, obliga á los sitiados á capitular. En esta ocasion Salicetti, ministro de Nápoles, escribia de Capri: «He encontrado allí á los franceses, pero no puedo creer que hayan entrado.» Ahora bien; el que defendía aquel nuevo Gibraltar era el futuro alcaide de Santa Elena, ¡Sir Hudson-Lowe!

Doblamos rápidamente el cabo *Campagnella*, y algunas horas bastaron para estar en la orilla de Salerno. Ved esta ciudad, de cerca de doce mil almas, graciosamente sentada en la pendiente de las montañas, dominando el golfo que lleva su nombre. Sus calles irregulares, estrechas, con pavimento de losas del Vesubio, sus edificios de paredes desiguales, parecen indicar una

1 Suet., lib. LX.

2 San Gregorio, lib. I, *Epist.* 54, ad *Jo. Episc. Surrentinum*.

ciudad moderna y de una importancia secundaria; pero es el antiguo Salerno, la hija de los Griegos, la esclava de los Romanos, de los Lombardos y de los Normandos, la ciudad sábia cuya escuela médica es conocida del mundo entero. Los hombres más temibles que el tiempo han mutilado, han cambiado su antigua fisonomía. La Universidad existe todavía, pero ya no produce más brillo; y los aforismos preciosos de la escuela de Salerno han sido traducidos en versos burlescos 1.

La catedral, gótica de origen, es enteramente moderna en los adornos, y las decoraciones son del artista *San Felice*. Lo que queda á Salerno es la gloria de poseer el cuerpo del apóstol San Mateo y del Papa San Gregorio VII. Las reliquias de San Mateo traídas del país de los Partos, en donde el pescador evangélico habia echado sus redes, fueron depositadas en Salerno el año 1080. El reconocimiento auténtico de este precioso tesoro tuvo lugar por empeño del obispo Alfano. Este prelado escribió en aquella ocasion una elocuente carta al Papa San Gregorio VII, que Barónio cuidó de conservarnos junta con la respuesta del Soberano Pontífice 2. El viajero católico, apoyado en este doble testimonio que justifica la constante tradicion y el brillo de los milagros, se prosterna respetuosamente ante el sepulcro del glorioso Apóstol y no se levanta de allí, sino para extender su alma á otro sepulcro igualmente ilustre.

En la misma iglesia está el mausoleo del Papa San Gregorio VII. Una estatua de mármol representa al ilustre Pontífice en pié, en una actitud llena de fuerza y de

1 Fueron escritos en versos latinos á principios del siglo duodécimo, por Juan de Milan, en honor de Roberto, duque de Normandia. Este poema, del cual no queda más que una tercera parte (373 versos de 1239) fué puesto en versos burlescos por L. Martin en 1653.

2 *Annal.*, t. XI, an. 1080, C. D.

majestad; se cree ver todavía al Moisés de la Edad Média protegiendo á Israel contra los furores ambiciosos de los Faraones del Norte. Su historia por protestante nos dispense de responder á las claras invectivas, lanzadas por cierta guía en Italia, contra el santo Pontífice, quien por doce años de luchas continuas conquistó la libertad de la Iglesia y salvó á la sociedad. Es agradable ver descansar juntos á San Mateo, que murió mártir por haber predicado el Evangelio, y á San Gregorio VII que murió desterrado por haber sostenido el edificio quebrantado de la religion; 1 unos mismos combates una misma gloria. Para continuar el triunfo de San Mateo sobre el paganismo, hay numerosas columnas de preciosos mármoles quitadas de los templos de *Pestum* que adornan la catedral, mientras que la victoria inmortal de San Gregorio VII contra los opresores de la Iglesia, se recuerda en una inscripcion contemporánea. Sobre un bajo relieve antiguo que sirve de adorno al sepulcro del cardenal Caraffa, el amigo y admirador del poderoso Pontífice, se leen estas palabras que hacen alusion á la estatua de que he hablado: *Hic mortuus jacere delejit vivus, ubi Gregorius septimus Pontifex maximus libertatis ejusdem (ecclesiasticæ) vigil assiduus excubat adhuc, licet cubet.* «Viñiendo aún, quiso descansar despues de su muerte en el mismo lugar en que Gregorio VII, guardian vigilante de la libertad de la Iglesia, la protege todavía en pié, aunque oculto bajo el sepulcro.»

Dejamos á Salerno para dirigirnos á Amalfi. La Atenas de la Edad Média y la rival de Venecia por la extension de su comercio, no es hoy más que una pintoresca aldea. Al recuerdo de tanta gloria eclipsada, apenas se pueden admirar las be-

1 «Dilexi justitiam et o divi iniquitatem, propterea morior in exilio.» amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero desterrado, tales fueron las últimas palabras de este gran Papa.

llezas encantadoras del paisaje, los bosques de mirtos y de olivos, las grutas, las ruinas, las blancas casas á cuyos alrededores serpentean las cepas tortuosas de las viñas y las doradas ramas del naranjo. La catedral, edificada en el sitio de un templo pagano, es la única señal de magnificencia de la antigua Amalfi. Vimos allí dos bellas columnas de granito rojo, dos sarcófagos antiguos, un bajo relieve de escultura griega y una jarra antigua de pórvido que sirve de bautisterio. Pero posee un tesoro que vale más que todas las riquezas del arte; en una soberbia tumba descansa el cuerpo del Apóstol San Andrés. El cardenal Pedro de Cápua, despues de ta toma de Constantinopla por los Franceses, lo trajo á Italia y lo depositó en la catedral de Amalfi 1. Los huesos del Apóstol profetizan como los de Eliseo; de ellos sale una virtud milagrosa que cura á los enfermos y una voz que repite las imortales palabras del mártir al ver su cruz: "Yo te saludo, cruz preciosa, cruz tan largo tiempo deseada. Recíbeme en tus brazos y preséntame á mi Señor."

Aunque Amalfi no sea más que una sombra de sí misma, ejerce todavía una grande influencia en el viajero por sus nobles recuerdos, y en el mundo por un descubrimiento famoso de que fué teatro. En 1020, sus ricos navegantes fundaron en Jerusalem un hospital que fué origen de la orden por siempre ilustre de los caballeros de Malta. Tres siglos más tarde otro navegante de Amalfi, Flávio Gioia, inventó la brújula 2. ¡Maravilloso génio del hombre! una aguja imanada se ha convertido en la llave que abre el universo y un poco de vapor en el agente irresistible que acerca todas las distancias. Para enseñar

1 Ugheli, *Italia Sacra*, t. VIII.

2 Se ha pretendido que la brújula fué inventada por los Chinos; esta opinion hiere demasiado á la sana filosofía para ser probable

á la posteridad que la brújula se debía á un súbdito de Nápoles, Gioia entonces cadete de la casa de Francia, señaló el Norte con una flor de lis. Esta costumbre es todavía imitada por todas las naciones, que felizmente para nuestra gloria, han olvidado el origen. Amalfi inmortalizada por la invencion de la brújula, puede dormir en paz en la tumba sangrienta que le cavaron los Pisanos. Además, posee otro título para recuerdo de la posteridad; en sus humeantes escombros se hallaron las *Pandectas* de Justiniano, que salvadas de la destrucción dieron tan feliz impulso al estudio del Derecho Romano.

A poca distancia de Amalfi, atravesamos casi á paso veloz la pequeña aldea de Atrani, patria de Mazaniello; solo nos fué posible echar una mirada á los bajos relieves de las puertas de bronce de la iglesia de San Salvador. Esas puertas fundidas en 1087, son las más antiguas puertas de bronce en Italia; no teniendo tiempo de estudiarlas como artistas, las examinamos como cristianos. Una inscripción nos enseñó que fueron mandadas hacer por Pantaleon, hijo de Pantaleon Viaretta, para rescate de su alma. 1

Nuestro pyróscapo, doblando el cabo Campanella con toda la fuerza de su máquina, pasó rápidamente delante de Sorrento, cuyo sitio magnífico saludamos; las ruinas de sus templos dedicados á Neptuno y á Diana; la piscina de Antonio el piadoso, y la casa, ó más bien el lugar de la casa en que nació el Tasso. Bien pronto se sucedieron el *Quisisana* (aquí se cura), magnífico casino del rey de Nápoles, famoso por la salubridad del aire que allí se respira; luego Castellamare que reemplazó á Stabia, tercer víctima del Vesubio, con sus minerales, sus manufacturas y sus encantadoras vilas, sembradas en la vertiente umbrosa de la montaña; en fin, la

1 Pio mercede animae suae.

célebre colina de Pozzano en donde la imágen milagrosa de María tiene por pedestal un altar de Diana.

Como navegábamos hácia el puerto de Nápoles, vimos venir una fuerte embarcación montada por un gran número de personas. Los gritos y los gestos enteramente napolitanos de los remeros y de los tripulantes, atrajeron todas las miradas. Un marinero que veíamos andar en los grupos y que llevaba en la mano una especie de alcancía, pintada con llamas, se hizo objeto de la más viva curiosidad. Pregunté quién era aquel personaje y lo que hacia. "Esta barca, me dijo el capitán, es una barca mercante que va de Nápoles á Sorrento. Toma á bordo algunos viajeros para esta última ciudad, de donde vuelve cargada de naranjas. El marino que veis, hace la colecta entre los pasajeros con el fin de mandar decir misas por las almas del purgatorio. Esta es una antigua costumbre religiosamente conservada por la piedad hácia los muertos, que es aquí enteramente popular." Este tierno espectáculo fué el último de que gozamos en el golfo de Nápoles. Apenas habia trascurrido una media hora, cuando ya estábamos de vuelta en el hotel de la *Speranzella*.

2 DE MARZO.

Salida de Nápoles.—Observacion sobre el pueblo napolitano.—Cápua.—Anécdota.—Calvi.—Ponte Storto.

Hoy era el día de la partida, y por consiguiente el día de los adioses. Adios á algunos de nuestros compañeros de peregrinación, á quienes íbamos á dejar largo tiempo!... para siempre!... adios á la calle de Toledo! adios á la *Speranzella*! adios muy pronto á Nápoles! ¡Adios! esta palabra está siempre presente en un viaje; esta palabra llena de melancolía, que nos

recuerda, á pesar nuestro, que el hombre aquí abajo no es más que un sér de un día, ante quien pasa todo como una sombra vana, y que pasa él tambien dejando apenas algunas huellas, que pronto se borran de su rápido tránsito. Ya estábamos en el muelle de *Chiaja* esperando á un viajero que se habia tardado. Los lazzaroni, que fueron los primeros en saludar nuestra llegada, asistían los últimos á nuestra salida. Salían en grupos y se dirigían al puerto, al mercado, á las plazas, á todas las partes donde podían ejercer su industria.

Uno de ellos, jóven, de continente despejado, de una fisonomía superiormente mímica, se acercó á la portezuela, saludó respetuosamente á nuestras Excelencias y nos expresó mil deseos de buen viaje y de feliz vuelta al lado de nuestros padres, de nuestras madres, de nuestros hermanos, de nuestras hermanas, de nuestros abuelos hasta la cuarta generación. Por todo esto ¿qué pedía? una simple *bottiglia*. Agregad que nos expresaba su súplica no por palabras, sino por gestos de tal modo poéticos, que valían diez veces más que el objeto de su demanda. Se la dimos con todo corazón, y diré tambien que con un sentimiento marcado de gratitud.

Hé aquí por qué fué así: al salir de Roma se nos habia anunciado que no saldriamos de Nápoles sin ser robados. Al decir de las malas lenguas, no se podían recorrer las calles napolitanas sin codearse con ladronzuelos, y á ménos de prender la mascada en la bolsa no era posible conservarla por todo un día. Estos díceres se parecían mucho á las relaciones de ciertos guías en Italia, y no debían parecer extraños. Mis jóvenes amigos apostaron sobre la probidad de los lazzaroni; la apuesta consistió en dos botellas de Champagne, pagaderas en Roma, si volvíamos con armas y bagajes; pues bien, la apuesta se

había ganado. Habíamos visitado á Nápoles en todos sus cuarteles: no habíamos prendido ni ocultado nuestras mascaradas, y al hacer nuestras maletas todo habíamos encontrado; en fin, ya estábamos bien y debidamente encerrados en el coche de viaje y salimos sin daño. ¿Cómo no acoger benévolutamente al lazzaroni, y cómo no darle á beber un frasco de su vino azucarado, á aquel cuya probidad nos valia dos botellas de vino de Champagne?

Miéntas nos deteníamos en la aduana á llenar las últimas formalidades de policía, yo examinaba á aquellos lazzaroni, agrupados alrededor de nuestro carruaje. Verdaderos hijos de los Etruscos y de los Griegos que llegaron á estas orillas hace dos mil quinientos años, han conservado en gran parte el traje, las costumbres y los gustos de sus abuelos. ¿Creeríase que llevan todavía el gorro frigio, con el que se disfrazaron nuestros clásicos demagogos de 93? Ese gorro de lana roja se levanta en forma cónica y cae por delante, ó por detrás, ó sobre la oreja, segun el capricho ó la moda. Por ciego que uno fuera no dejaría de ver en esto una prueba, sin réplica, de la tenacidad de las costumbres populares. Nápoles suministra otras muchas, algunas de las cuales se me ocurrieron. Es sabido que los Romanos ponian en sus vías pavimentos de anchas losas, y que cubrian con pinturas al fresco todas las partes de sus habitaciones. Pompeya es un monumento irrecusable de este doble hecho. Pues bien, todavía veis las calles de Nápoles y los grandes caminos que concurren allí con pavimento del mismo modo; el estuco reemplaza en las habitaciones más pobres los frescos antiguos. El lenguaje figurado de los Campanianos, 1

1 Todo el mundo sabe que el ilustre canónigo de Jorio ha encontrado en la mímica del pueblo de Nápoles, la explicación muy natural de las figuras y de los emblemas pintados en las jarras etruscas.

la forma de las tiendas, el género de vida y de cultura, lo ¿diré? pues hasta la sed de los placeres y aun de sangre, son otros tantos testimonios que no podrian escaparse al ojo ejercitado del observador.

A vista de esta admirable fidelidad no puede uno dejar de decirse á sí mismo: Si el hombre conserva con tanta fuerza costumbres puramente materiales, que se modifican sin cesar por la experiencia, la moda ó por un conocimiento más profundo del bienestar, ¿con qué energía no conservará las costumbres morales, queridas de sus pasiones, fortificadas por la educación y consagradas por la religion misma? Si profundizando este pensamiento, se reflexiona en el carácter y en el temperamento de este pueblo, en la naturaleza del clima y en la magnificencia del país que habita, entónces el milagro de su conversión al cristianismo toma inmensas proporciones. Estas proporciones tocan al infinito cuando se añade: ¡y por eso el cristianismo ha cambiado las costumbres, las creencias, las leyes y los usos, no solo de los napolitanos, sino de todos los pueblos!

Mal conducidos por un cochero torpe no pudimos llegar á Cápua sino hasta las once. Los caballos ya viejos y gastados por largo tiempo de servicio, se negaban á andar. Continuar con semejante tren era exponerse á toda especie de molestias, siendo la menor de ellas acostarnos al aire libre. Nuestros temores estaban tanto más bien fundados cuanto que debíamos volver á Roma por el difícil y casi desierto camino de los Abruzzos y del Monte Casino. Invitamos al conductor á que nos diera caballos de refresco, ó á que por lo ménos tomase un caballo de remuda, como habíamos convenido. Se negó secamente; nos quejamos al *Podestá*, que hizo llevar á su presencia á nuestro Automedon. Oídas las partes, el juez nos dió el triunfo en la causa, y terminó su veredicto con

estas palabras: "Estos señores son sacerdotes, merecen toda confianza; tú, tú solo eres un cochero." A lo cual respondió éste: "Pero si ellos son sacerdotes, yo, yo soy cristiano. *Se sono sacerdoti, sono cristiano io.*—*Birbante*, (Bribon) replicó el juez, cállate y has lo que te mando." Tuvímos un caballo más.

A tres millas de Cápua el camino se divide en dos ramas. De sus dos prolongaciones, una se dirige hácia Roma por Mola y Terracina; la habíamos seguido al ir á Nápoles. La otra que volteja á la derecha, conduce á Aquila por Isernia y Venafro. En el punto de partida se levanta entre ruinas, una aldea insalubre y mal sana; esto es lo único que queda de la antigua Calvi, ciudad en otro tiempo célebre, cuyo vino cantado por Horacio igualaba al de Salerno. El nuevo camino que habíamos tomado atraviesa constantemente llanuras bien cultivadas, limitadas á la derecha por una cadena de montañas; pero la escasez de habitaciones extiende en aquellos lugares cierta tristeza é inspira casi espanto. Ya era de noche cuando llegamos á un albergue aislado, llamado, segun creo, *Ponte Storto*.

Si las relaciones de los viajeros en Oriente son fieles, podemos lisonjearnos de haber visto un verdadero caravanseraíl 1. Era una casa completamente solitaria, establecida á la orilla de un camino; un vasto patio cuadrado, semejante al claustro de un convento, sin la elegancia en los pórticos; *locanda*, abierta á los cuatro vientos y poblada provisionalmente de toda especie de hombres y de cuadrúpedos, como asnos, caballos, bueyes, búfalos y mulas; no faltaba más que el dromedario. Allí encontramos de ciento á ciento cincuenta reclutas; unos, rodeados de una ancha hoguera, guardaban silencio tristemente, ¡pobres jóvenes, pensaban tal vez en sus ma-

1 Parador público de Oriente.

dres! otros, sentados en largas mesas, hablaban del país; decian ruidosos brándis ó prestaban el oído al sargento reclutador que tenia más de una historia que referir. Entre nuestros compañeros de viaje se hallaba un jóven pintor escocés. El espectáculo de esta escena, débilmente iluminada por las llamas de la hoguera casi apagada, le pareció digna de su lápiz; es difícil, á la verdad, aun en Italia, encontrar asuntos más pintorescos. Nada tengo que decir de la comida que se nos sirvió, porque nos fué casi imposible tocarla. Se habian agotado las provisiones por los numerosos viajeros que se nos habian anticipado, y á pesar de nuestra huésped, que era una excelente mujer, nos fué necesario sufrir el adagio: *Tarde venientibus, ossa*. (Los huesos para los que llegan tarde). En cuanto al sueño nada de silencio; fué contenido toda la noche á una respetuosa distancia por el ruido de los carros, por los gritos de los arrieros que llegaban ó que salian, por los cantos de los reclutas y por el movimiento tenaz que reinó en todas las partes de la *locanda* hasta el despuntar el dia; no todas son rosas en los viajes!

3 DE MARZO.

San German.—Ruinas.—Monte-Casino.—Iglesia.—Biblioteca.—Recuerdo.—Anécdota.—Hotel dell'Amalfi.

Antes del alba estábamos en el camino de San German y del Monte-Casino; el mismo paisaje que la vispera, solo que el valle se reduce, y de trecho en trecho se ven pequeñas aldeas, ó más bien grupos de casas blancas suspendidas al flanco de las montañas, como los nidos de golondrinas á las murallas negruzcas de un viejo castillo. El tiempo estaba soberbio y tan suave ya, que la inocente alondra cantaba sobre nuestras cabezas la vuelta de la pri-